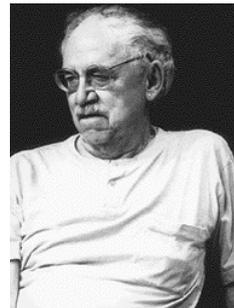


# Adiós a Ignacio Retes

Luis de Tavira



Si bien es cruelmente cierto que sólo llegamos a saber cabalmente quién es alguien cuando podemos medir el tamaño de su ausencia, también es cierto que aquel de quien hablamos nos habla, que irrumpe en nuestro azoro e impone su presencia en el silencio que alcanzan las palabras. Y ahí nos espera para seguir juntos el camino.

Por esto tal vez, en este momento en que celebramos el resplandor de la admirable vida artística de Ignacio Retes, quisiera reunir dos palabras capaces de contener, en la armonía de su significado, ese caudal de ideas y sentimientos mixtos que se agolpa en el andén de los desgarramientos: agradecer y recordar.

Quizá nada sea más importante para mí hoy que expresar la gratitud que suscita este momento.

Y demorarse un instante ahí, para experimentar el modo en que esa gratitud despliega su importancia en la vida, en el teatro y en el pensamiento.

El teatro, esa poderosa hermenéutica de la existencia de la que Ignacio Retes alcanzó a ser maestro, nos dice que nuestra vida es arrojada a la corriente del tiempo y que ahí intentamos comprender algo incomprensible: que sólo existimos en el momento de la escena, donde experimentamos al mundo y a nosotros mismos.

En la celebración teatral, al final de la escena, tras el oscuro en el que el mundo se desvanece, vuelven los actores al escenario para comparecer, frente al espacio vacío,

para, ahí juntos, entre los aplausos de los espectadores, dar las gracias.

Sin embargo, agradecer es aún más que sólo aquel convencional dar las gracias que expresa la reciprocidad, en el mismo sentido en el que pensar es algo más que decir frases.

Agradecer algo a alguien, más allá de la mera reciprocidad, es una experiencia culminante: es reconocerlo; es algo que no depende tanto del decir como del saber y del ser. Reconocer hoy a Ignacio Retes en la entrañable gratitud que su evocación provoca, será llegar a saber quién ha sido para llegar a ser lo que él sabía.

Frente a la ausencia definitiva de aquél a quien necesitamos expresar semejante reconocimiento, experimentamos la radical paradoja de una emergente gratitud que al volverse indecible nos conmina a reunirnos para celebrar su recuerdo que nos ha dejado el deseo de participar en su propia gratitud.

Reconocemos aquí el eco de intensas experiencias humanas que van más allá del recuento de una mera reciprocidad social, porque nos convocan a aproximarnos a la comprensión de una inminente trascendencia, de un legado apropiable y duradero, de un sentido irrenunciable de la vida frente al arribo de una existencia al horizonte de las acciones perdurables: en efecto, ha muerto Ignacio Retes, le sobrevive el teatro.

Y esta gratitud que su memoria evoca es una intensa experiencia de la trascendencia, porque en ella, el que se ha ido, permanece.

Así reconocemos hoy al admirable hombre de teatro y al entrañable amigo, el día en que su muerte provoca pensamientos indispensables sobre la vida, sobre la condición de la persona y la pasión por un teatro que asiste a la construcción del mundo que anhelamos.

El testimonio de su vida es resplandeciente y nos confirma en el afán que nos consume: he aquí un hombre pleno y jovial que supo vivir sus convicciones con tenacidad y humildad, que realizó cuanto pudo y pudo en la medida de una generosidad inagotable. Un hombre leal a sus ideas, que se atrevió a vivirlas con una congruencia incuestionable, sin aspavientos pero sin titubeos, lleno de una alegría por la vida que sabía contagiar en la convivencia de los que se suman a la tarea del teatro; un artista cabal que supo irse haciendo joven mientras los años pasaban, para que nunca faltara el entusiasmo a la hora de los grandes y de los pequeños retos. Discreto, lúcido y agudo, viejo sabio y feliz, campeón mundial del teatro, como diría él.

Mexicano de la posrevolución, coetáneo de las guerras que consuman la catástrofe del siglo, perteneciente a una generación que comparó la vida con una batalla, Ignacio Retes fue un militante del teatro y murió en el campo de batalla. En su militancia teatral entendió muy pronto que la batalla consistía en construir un teatro con las ruinas de la cultura. "Si queríamos teatros, teníamos que crearlos", porque no se trataba de de-

Discreto, lúcido y agudo, viejo sabio y feliz,  
campeón mundial del teatro, como diría él.

mostrar la existencia del teatro en la historia de México, sino de que México existiera en la alta dimensión del teatro. A la luz de este empeño se ilumina el significado de aquella memorable confabulación de Retes y Julio Prieto, que pobló de teatros del Seguro Social las principales ciudades del país.

Retes asumió la modernidad de nuestro teatro como el desafío por la realización de una utopía. Si el teatro de la tradición había intentado interpretar al mundo, el teatro de hoy debía contribuir a cambiarlo.

Por eso hoy, frente a la miseria de nuestra vida política, volvemos la mirada al teatro donde brilla la congruencia de un artista como Ignacio Retes: una presencia mexicana capaz de sobrevivir a los torbellinos de la historia con la conciencia lúcida e incólume, capaz de desvelar la realidad para mostrarla transformable por virtud de la fuerza intacta de la crítica: el testimonio de un artista que en su hacer fue capaz de encarnar los sueños de toda una época, como una ola, capaz de contener ella todo el ímpetu del mar.

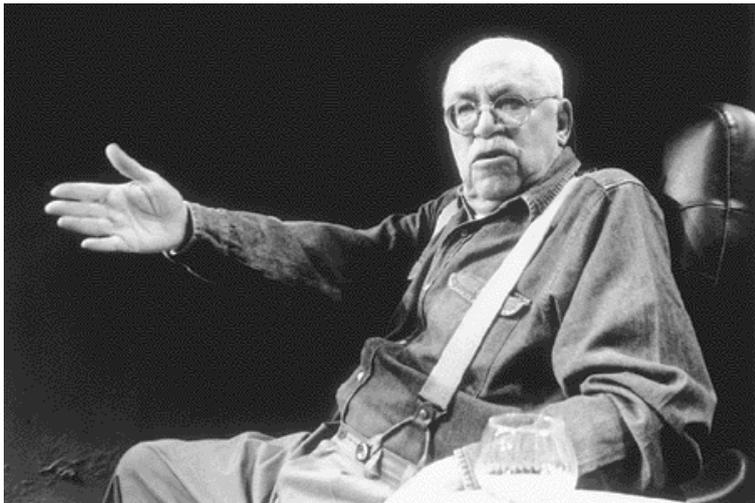
Al evocar hoy al Maestro Retes, se agolpan los recuerdos, no es uno ni tres, es un torrente incesante de impresiones vivas e indecibles en que la vida se vuelve sustancia de la memoria y la memoria, la consistencia misma de la vida. Y de ese fulgor brota hoy esta alegría que agradece y es mucho más que una mera gratitud por algo concreto, por un algo que crece mientras se experimenta, hasta volverse un todo y que nos hace sentir cómo se vuelve infinita y nos trasciende.

En todos nosotros se agolpan distintos recuerdos; cada uno posee percepciones singulares que van formando un acervo, que en la reunión construye la memoria que nos sostiene.

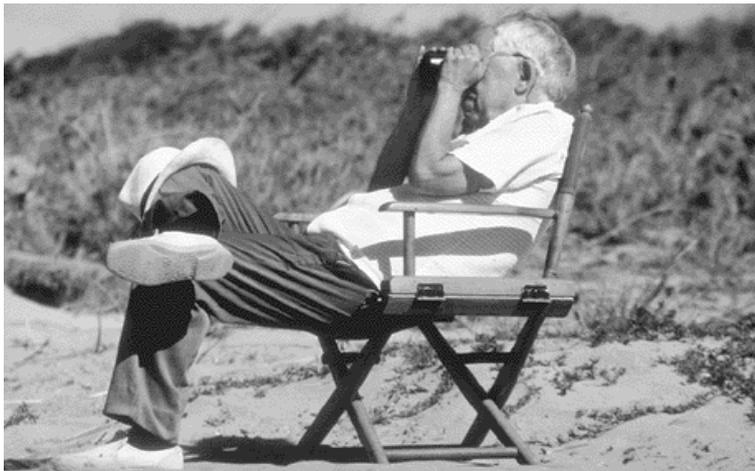
Retenemos algo vivo de entre la corriente incesante de las percepciones. Revivimos vivencias, de esa memoria se nutre el teatro como arte de la vida.

Si conocer que es posible conocer es ya descubrir la realidad, recordar que es posible recordar es ya descubrir la ficción. Por eso, las relaciones entre la realidad y la ficción serán las que se dan entre el conocimiento y su recuerdo.

Ésta parece ser una póstuma lección del prodigioso maestro de actuación que fue Ignacio Retes.



En *La visita del ángel*, en el Foro Sor Juana Inés de la Cruz, 1995



En la filmación de *Viaje al paraíso*, 1985

Cuando una persona logra comprender algo de su vida es porque de alguna manera repite lo vivido: comprende para recuperar el pasado.

El actor, en cambio, repite la escena para olvidarla; olvida para comprender y comprende para vivir el presente de lo aún no vivido. Es así como el teatro triunfa sobre la caducidad del tiempo.

Se agolpan los recuerdos de lo vivido en la aventura teatral compartida con el Maestro Retes. De todos ellos brota una intensa alegría de vivir hallada en ese entusiasmo siempre renovado de hacer teatro, de respirar para que el teatro recomience en cada clase, en cada ensayo, en cada función, en cada confabulación del próximo proyecto, hasta

que la muerte nos alcance, mientras el teatro sigue y permanece.

Por eso, hoy, recordar y agradecer la generosa vida teatral de Ignacio Retes será la más apasionante ocasión para aprender cómo el teatro puede ser esa alta dimensión en la que México aparece ante el espectador como algo que pertenece a lo envolvente, a lo propio, a lo dramático. México, como historia y como representación, surge ahí como una realidad que comparece ante la dignidad de una pregunta que no pierde la esperanza de una respuesta, porque como supo mostrarlo Ignacio Retes, en la pregunta dramática del teatro está ya anticipada la dramática respuesta de la historia. ■